

1

Nuevas despedidas

Christina Gordon encendió una vela y la dejó en el centro de la mesa. Sonrió a Finlay, su marido, que estaba llenando una jarra de cerveza de la barrica colocada sobre un caballete. La lluvia había parado, pero el cielo permanecía gris y sumía la estancia que hacía las veces de vivienda en la penumbra. Mary, la hija mayor, se puso a chillar. Al levantarse, empujó a su hermana Jane, que se echó a llorar. Su madre acababa de sentarse para atacar el montón de prendas que había que zurcir. La joven suspiró y cerró los ojos mientras se frotaba el vientre bien redondeado.

—Deja, Christina —dijo quedamente Finlay, colocando la jarra frente a sus amigos, sentados a la mesa—. Has hecho demasiado por hoy. Ya me encargo yo.

Alexander contemplaba la escena familiar con el corazón encogido: él nunca sabría lo que era eso. Finlay y Christina eran felices. Pobres, pero felices. ¿Qué más podían desear que esas dos maravillosas hijitas, un tercer hijo que iba a nacer y el amor que los unía? Se giró y miró por la ventana que daba a una empalizada de madera. El silencio volvió a hacerse en la estancia. Finlay, después de resolver el litigio que enfrentaba a las dos hermanas, volvió a sentarse, chasqueando la lengua y dando unas palmadas.

—¡Y bien! —gritó, y sirvió cerveza a cada uno de ellos—. ¿A la salud de quién bebemos esta vez?

—¡Por la libertad! —pregonó Munro, levantando su vaso.

—*Slàinte!* —gritaron todos a una.

Los vasos entrechocaron y unas salpicaduras de cerveza

aterrizaron sobre la mesa. Finlay secó el líquido con la manga y volvió a llenar los vasos, ya vacíos.

—¡Por el futuro y la buena suerte!

—¡Por la buena suerte! —repitieron todos a la vez.

—Yo quiero añadir a eso la amistad —anunció Munro.

—¡Por la amistad!

—Que sea larga, a pesar de...

Finlay no pudo continuar; le embargó la emoción y se le hizo un nudo en la garganta. Carraspeó.

—Sí... —dijo Alexander, dándole una palmada en el hombro—. A pesar de nuestra partida.

A ello siguió un largo silencio. Detrás, tan sólo se oía parlotear a las niñas. Christina se enjugó una lágrima con el chal y, sorbiendo por la nariz, clavó la aguja en una media.

—El país es ancho. ¡Que cada uno se labre su lugar! —continuó Alexander con una voz que pretendía mostrar firmeza.

—El único que se escaquea es Coll —constató Munro, con una pizca de amargura—. ¿Por qué regresar a Escocia, amigo, si aquí hay tanto que hacer?

—¡Vamos, Coll! —insistió Finlay, volviendo a llenar el vaso de su amigo—. ¿Qué tienes que perder? Dentro de unos años, serás lo suficientemente rico como para comprarte una buena tierra y, quién sabe, ¡una hermosa mujercita de regalo!

—Se lo prometí a Peggy, ya lo sabéis... —farfulló Coll, metiendo la nariz en el vaso.

—*Fuich!*¹ —dijo Alexander—. Las promesas... ¡Si quieres que te dé mi opinión, eso son chorradas!

El hombre se bebió la mitad de su cerveza de un trago y después dejó ruidosamente su vaso encima de la mesa. Luego, mirando a su hermano a la cara, continuó:

—Cierto. ¿Por qué te empeñas en regresar a Escocia? ¿De verdad crees que tu prometida te habrá estado esperando todos estos años? ¡Vente conmigo y con Munro!

—No seas tan amargado, Alas. No acuses a todas las mujeres... Ella me escribió para decirme que me seguía esperando.

1. Expresión de asco en gaélico.

—¡Ni siquiera la reconocerás!

—Se lo prometí. Y además..., no quiero estar atado a nada por un contrato, ¿entiendes? Deseo ser libre, hacer aquello que me venga en gana. Quiero poder dormir dos días seguidos, ir a cazar o simplemente dejar pasar el tiempo... ¡Jolines, Alas! ¡Hemos tenido que cumplir con un contrato durante siete larguísimos años! ¡Estoy harto! ¡No quiero firmar nada más! ¡Nunca más!

—¡Déjalo ya, Coll! Te olvidas de que el matrimonio es un contrato... ¡para toda la vida! ¡Los bosques, ahí está la verdadera libertad! He oído a unos tipos contar sus aventuras. Créeme, estos parajes salvajes no carecen precisamente de interés. Además —añadió guiñando un ojo—, dicen que las mujeres de las tribus indias son muy cálidas. No dejarás escapar esta oportunidad, ¿eh?

—Alas...

—¡Tienes la cabeza dura como una piedra, jolines! Escucha: sólo te pido que te veas con el comerciante. Está organizando una expedición para la primavera. Necesita ochenta hombres y ya tiene sesenta y tres...

Dando una chupada a su pipa, Coll se recostó en el respaldo de la silla y dejó que su mirada recorriera la estancia, mientras escuchaba a medias a su hermano, que se empeñaba en convencerlo. Hacía casi dos meses que se habían licenciado del ejército y desde entonces habían errado y vivido de pequeñas faenas para alimentarse de pan duro y agua estancada la mayor parte de las veces. El único que había encontrado un empleo estable era Finlay: era aprendiz de zapatero en la Ciudad Alta. Así pues, volvía a ejercer la profesión que conocía antes de alistarse. Alexander y Munro habían decidido lanzarse a la gran aventura por la inmensidad del país. Pero eso a él no le atraía particularmente. Tras varios años de guerra, deseaba un poco de paz y tranquilidad. Su hermano estaba ahora evocando las costumbres libertinas de las salvajes. Él lo cortó bruscamente.

—¿Por qué no aceptas la oferta del maestro Dumoulin? Podrías instalarte en Quebec con Émilie... Ella no espera otra cosa: ¡que la pidas en matrimonio!

Alexander se quedó callado, mirando la superficie espumosa del líquido que temblaba en su vaso. El maestro Dumoulin era un carpintero que trabajaba en la restauración de la gran catedral de Quebec. Las ursulinas le habían informado de sus aptitudes como escultor, y el hombre le había propuesto ocuparse de la ornamentación de los bancos. Era un trabajo bien remunerado, que le permitiría ocupar un puesto de aprendiz junto al maestro. Pero él aspiraba a otra cosa. El mercado de las pieles ofrecía mucho más que eso...

Pero estaba Émilie. La joven se recuperaba lentamente de su aborto. Evidentemente, él era el padre de la criatura malograda. Pero, extrañamente, se sentía aliviado al no tener que asumir ese papel. Aunque prácticamente vivía con Émilie, no se decidía a legalizar su unión. En realidad, no la quería y no concebía casarse en esas condiciones. De hecho, se preguntaba si conseguiría amar a otra mujer que no fuera Isabelle...

Había llegado el momento de abandonar Quebec. Coll regresaba a Escocia con las primeras naves que devolvían a los soldados a casa. Su hermano había intentado en vano convencerlo de que regresara con él. Pero Alexander se había resistido. A partir de ahora, su vida estaba allí. Además, deseaba ardientemente volver a ver a John. Sabía que su hermano era trampero y que tendría alguna oportunidad de encontrarlo si acompañaba al comerciante canadiense que organizaba una expedición. Sin duda, la aventura le mantendría las manos y la mente ocupadas durante algún tiempo.

Munro le había presentado a ese hombre hacía dos semanas. Estaban bebiendo un trago en una taberna de la Ciudad Baja. Era al día siguiente del aborto de Émilie. ¡Los relatos del comerciante eran tan cautivadores! El negociante presumía de que el «oro castaño»² reportaba grandes beneficios a los que tenían agallas. Alexander no había podido resistirse..., a pesar de lo avergonzado que se sentía por

2. Las pieles de castor.

abandonar a Émilie en un momento tan difícil para ella. Al mismo tiempo, tenía un motivo honesto para alejarse de la joven.

—¿Quién es ese comerciante? —preguntó Coll, exhalando una voluta de humo.

El rostro de Munro se iluminó con una sonrisa.

—Van der algo. Es de Montreal, por lo que sé.

—Es independiente y organiza las expediciones con fondos de su propia sociedad —precisó Alexander—. No tiene nada que ver con la Compañía de la Bahía de Hudson, controlada por los ingleses. Él tiene una buena relación con los americanos que pretenden apropiarse de las rutas que detentan las compañías francesas, para abrir otras nuevas al oeste de los Grandes Lagos. Ya se ha marchado hacia Montreal, pero si te tiente el asunto...

—No —murmuró Coll.

Llamaron a la puerta. Christina dejó su labor y fue a abrir. Una joven sonriente la saludó y le entregó un paquete.

—¡Buenos días, señora Gordon! Éste es el vestido de mi pequeña Julia del que os he hablado.

La mujer se fijó en los hombres que la observaban en silencio y pareció un poco molesta.

—Unos amigos —explicó Christina, abriendo más la puerta—. ¿Queréis pasar un momento?

—¡Ejem...! No, gracias. Muy amable, pero tengo que ir a casa de mi cuñada. Tal vez en otra ocasión.

—De acuerdo, en otra ocasión. Gracias por el vestido. Después de hacerle algunos retoques, le irá perfectamente a Mary.

Tras fijar su mirada en Coll, la joven de mejillas redondas sonrió más ampliamente. Luego, saludó al grupo y se marchó.

Coll clavó su mirada en la puerta cerrada durante un momento. Los mechones rubios le habían recordado a la hermosa Madeleine, con la que a veces se cruzaba en el mercado donde vendía sus mermeladas. Ella lo saludaba con frialdad y después apartaba inmediatamente la vista. Él no osaba acercarse a ella, todavía menos dirigirle la palabra. Comprendía su

actitud. Sin embargo, una sola de sus sonrisas hubiera bastado para retenerlo en el país... ¡En fin!

Alexander, a quien la cabellera dorada había reavivado unos recuerdos dolorosos, se entristeció. Bajó la cabeza y lanzó una mirada hacia Coll, suspirando.

—Sé en quién estás pensando.

Frunciendo el ceño, Coll se volvió hacia él.

—¿Qué estás diciendo?

—La prima de Isabelle... Estabas pensando en ella, ¿no?

Coll se encogió de hombros y se llevó el vaso a los labios. Alexander sonrió con tristeza. Así que Coll seguía secretamente enamorado de aquella gran arpía.

En dos ocasiones, a lo largo de los cuatro años que habían transcurrido desde la anulación de su pena de muerte, Alexander había intentado hablar con la prima de Isabelle. La primera vez, había tenido que armarse de valor para abordarla. La había agobiado a preguntas. De hecho, se había hecho el propósito de no preguntarle nada, pero no saber era lo peor de todo. No obstante, Madeleine se había negado a responderle. Había alegado que la estaban esperando y se había marchado. Como la había notado tan molesta como él mismo, no había intentado retenerla.

La segunda vez, torturado por la incertidumbre, no había podido evitar mostrarse un poco brusco con ella, y Madeleine había consentido en dedicarle unos minutos. Eso había sido poco tiempo después de su desmovilización. Sin embargo, ella no había respondido más que con evasivas. Lo único que le había sonsacado era que Isabelle estaba bien, que vivía feliz en Montreal y que su esposo era un próspero notario. Nada que él no supiera.

—Las mujeres Lacroix... —murmuró Coll con apatía.

El joven se agitó, incómodo. Hizo una mueca de amargura antes de proseguir:

—¿Por qué no te casas con Émilie? Quizá conseguirías...

Alexander levantó bruscamente la cabeza.

—¡Nada de mujeres! ¡Nunca!

—¡Es una estupidez! No puedes lamentarte de tu suerte indefinidamente...

Una risotada con notas sarcásticas hizo parpadear a los otros dos hombres.

—¡Yo no me lamento de mi suerte! Pero el pasado..., en fin...

La emoción le impedía hablar. El tiempo había atenuado su pena, pero no la había borrado del todo, ni mucho menos. Los recuerdos, a retazos, permanecían envueltos en la niebla. Unas veces recordaba un olor; otras, una cierta sonrisa o el destello de su cabellera. Pero persistía esa inconmensurable impresión de vacío que sentía desde el terrible día en que se había enterado de que Isabelle estaba casada. Sencillamente, vivía con este vacío y olvidaba su desgracia manteniéndose ocupado. Había sobrevivido al amor, como había sobrevivido a la guerra. Tanto el uno como la otra le habían dejado cicatrices. Había aprendido la lección: no volvería a sucederle.

El silencio pesaba sobre los cuatro amigos. Munro vació su vaso y soltó un eructo sonoro, desperezándose sobre la silla mientras observaba a las niñas, que se divertían con una muñeca de trapo que les había cosido Christina.

—¿Cuándo os vais? —preguntó Coll a bocajarro, para aligerar un poco la atmósfera.

—La expedición parte de Lachine a principios de mayo. Tenemos que reunirnos con el comerciante un poco antes. Creo que tendríamos que irnos a Montreal dentro de dos semanas, a más tardar.

—¡Hummm!

Coll clavó la mirada en la mano de su hermano, a la que le faltaban dos dedos, y sacudió la cabeza. Le quedaban dos semanas escasas para estar con su hermano Alexander, el hermano al que había dado por muerto y con el que se había encontrado al cabo de doce años; había aprendido a conocerlo y a amarlo. Le costaba hacerse a la idea de que quizá ya no volvería a verlo. Al no poder disimular su malestar, tosió y bajó la cabeza hacia el vaso de cerveza. Tenía tantas ganas de llevarlo consigo a Escocia, principalmente ante su padre. Pero Alexander había elegido quedarse para realizar sus sueños de gloria y de fortuna recorriendo Canadá.

Coll envidiaba su libertad de elección, pero sobre todo su valor y su tenacidad. La vida lo había puesto muchas veces a prueba y le había arrebatado la felicidad cada vez que la había alcanzado. Después de aquel día siniestro en el que su existencia había pendido de un trozo de cuerda, Alexander había cambiado poco a poco. Curiosamente, había vuelto a tomarle gusto a la vida. Se había impuesto una sobriedad relativa y había jugado muy poco, por lo que ahorraba todo lo que podía. Concentraba su energía en las cosas positivas; era su búsqueda del Grial. En ese país, que renacía al mismo tiempo que él, se trazaría un camino nuevo, se forjaría un alma nueva en la soledad de los bosques. Si Peggy no lo hubiera estado esperando, Coll también se habría quedado.

La mano de Alexander lo sacó de sus reflexiones y su sonrisa sincera atenuó, en cierta medida, la tensión. Él también sonrió.

—Enviaré a padre un capote de castor y para ti un cuello de zorro para tu futura esposa.

—Cuento con ello, Alas. El zorro irá de maravilla con el castaño dorado de los cabellos y los ojos de Peggy.

Isla de Orleans

Lunes, vigésimo día de febrero del año de gracia de mil se-
tecientos sesenta y cuatro

Querida prima:

Nieva en la isla y la tormenta me confina una vez más en casa. Aprovecho para escribirte estas líneas, que espero que te lleguen antes del final del invierno. El mal tiempo de estos últimos días ha retrasado las obras de la casa. Sin embargo, estoy bien instalada. No es que no apreciara la hospitalidad de la señora Pouliot, pero encontrarme «entre mis muebles» me alegra mucho.

Como podrás constatar en la próxima primavera, la casa está como antaño. Los trabajadores que mi buen señor Mauvide ha tenido la caridad de enviarme, según nuestro acuerdo, han hecho un buen trabajo. El piso superior, no obstante, sigue tapia-

do, ya que no pudo terminarse su cubrimiento antes de las primeras nieves. Y es que hay tanto que hacer por aquí, y la mano de obra escasea en otoño, cuando los trigos están maduros. Pero sería muy ingrato por mi parte quejarme. He acondicionado el salón como habitación para dormir y, de momento, así estoy estupidamente.

Esto en cuanto a la primera buena noticia. La segunda es que el abad Martel me ha encontrado un trabajo de criada en casa del señor Audet, del río Maheu. El desafortunado hombre perdió a su mujer en octubre y se ha quedado solo con sus cuatro hijos. Hasta ahora, se ha ocupado de ellos su hermana. Él vive a tan sólo una legua de aquí, lo que me permitirá regresar a casa todas las noches, después de la cena y cuando los niños se hayan acostado. Con la explotación de la azucarera y mis mermeladas de fresas, frambuesas y ciruelas, conseguiré salir adelante. ¡Pero ya te estoy oyendo eso de que cuándo volveré a tener marido! ¡Ja! No tengo ninguna prisa, querida prima. Julien todavía está muy presente en mi corazón, qué quieres que te diga. Además, los partidos que se han presentado hasta el momento no me han hecho vibrar mucho. Supongo que una pobre viuda de veintiséis años ya no tiene muchos atractivos.

Pero ya está bien de hablar de mí. ¿Qué tal está el pequeño Gaby? ¿Ha hecho alguna tontería más mi ahijado desde mi visita el verano pasado? Siento mucho no haber podido estar presente con motivo de su tercer aniversario. Las obras... Le envío todo mi amor y le prometo una gran sorpresa cuando venga a verme a la isla, por primera vez, el próximo mes de mayo. ¿Y tú, mi hermosa Isa? ¿Cómo estás? No te ocultaré la alegría que me produce ver que Pierre y tú os entendéis bastante bien. Sin embargo, me entristece constatar que no lleses otro hijo en ti. No puedo evitar pensar que tal vez, en parte, soy yo la responsable: ¿te acuerdas de que lancé un maleficio el día de tu boda? Yo no creía en él y únicamente quería divertirme...

Noticias de Quebec. Seguramente habrás oído hablar de la horrible historia de esa mujer que a todos les gusta llamar «la bruja de Carriveau». Sucedió cuando yo todavía estaba en Montreal. El juicio se inició en el momento en que ya regresaba a la isla. Pues bien, la mujer fue condenada a la horca. Después de la ejecución, colocaron su cadáver en un jaula que se estuvo balanceando a los cuatro vientos, en el cruce de cuatro caminos de la

punta Lévy. Al final, los huesos estaban totalmente blancos. La gente presentó una petición a las autoridades para que retiraran el cuerpo. Los niños tenían pesadillas y las mujeres estaban hartas de oír chirriar la jaula al moverse. Ni que decir tiene que esta horrible historia de asesinato ha dado mucho que hablar.

En diciembre, atravesé el río para visitar a algunos conocidos en Quebec. Aproveché para acercarme al hospital general. Guillaume está mejor desde principios de otoño. Me dijeron que sus alucinaciones se espaciaban y que estaba más tranquilo. Tal vez un día pueda salir de allí... Te ahorraré los detalles concernientes a sus condiciones de vida. De todos modos, debes de imaginártelas, ya que ayudaste a las agustinas a cuidar de los enfermos después de la batalla de los llanos de Abraham. Sin embargo, no parece que a Guillaume le preocupe.

Me detuve en la calle San Juan. Me sigue pareciendo extraño que no pueda entrar en tu antigua vivienda. Como ya seguramente sabrás, un tal señor Smith la adquirió en junio, después del fallecimiento del viejo Clément Vignau, que se la había comprado a tu madre. Afortunadamente, la casa está igual.

También visité a tu hermano, en la panadería. Allí todos están bien. Te envían muchos besos. Françoise te promete un buen bollo de los que a ti te gustan cuando vengas.

Desde la firma del Tratado de París, en febrero del pasado año, no paran de desembarcar comerciantes ingleses en Quebec. Arramblan con todo lo que pueden a precios ridículos. Y es que la mayoría de los canadienses está en una situación financiera precaria, por no decir, simplemente, desesperada. ¡Eso me preocupa en gran manera, mi Isa! Que un puñado de negociantes pedantes tomen al asalto nuestra economía dejando de lado a los que han contribuido a levantarla me repulsa. Aunque el gobernador Murray se ha mostrado compasivo con el pueblo vencido, no deja de ser un inglés que defiende su patria.

Para terminar, a lo mejor soy la primera en darte la noticia: el regimiento de los Fraser Highlanders fue disuelto el pasado mes de diciembre. Lo único que sé es que varios oficiales han optado por quedarse en Canadá y tomar posesión de una tierra. Me he enterado de que un tal Alexander Fraser compró el señorío de La Martinière, en la parroquia de Beaumont, en julio. Ha bautizado la propiedad con el nombre de «Beauchamp». Los escoceses son muy bien acogidos en esta región desde que

hicieron prueba de una gran generosidad al donar su salario de una semana a los habitantes arruinados por la guerra. Varios oficiales han conseguido de este modo concesiones en Nueva Escocia.

La época del azúcar se acerca, y pronto estaré muy ocupada. De todas formas espero que el correo me traiga noticias tuyas, lo que me daría una buena razón para sentarme unos minutos y respirar. Ahora me vuelvo a mi masa para galletas, que se ha quedado sobre la mesa, lo que me recuerda la época maravillosa en que nos divertíamos como locas las dos, en la cocina de Mamie Donie, haciendo dulces. Besos a todos de mi parte, querida prima. Dale especialmente las gracias a Pierre por su generosidad para conmigo. Te envió un beso muy fuerte y te deseo que seas tan feliz como mereces en este nuevo año de 1764.

Tu prima, tu hermana,

MADELEINE GOSSELIN

Isabelle dobló la carta y la dejó sobre su tocador, iluminado por un candelabro de plata. Acarició el magnífico damasco brocado de color verde musgo de su vestido de baile y posó su mirada vacía sobre el papel.

—Nada... Siempre nada...

Así era más fácil olvidar. Ella sospechaba que Madeleine tenía noticias de Alexander, pero que no le decía nada. Sin duda, su prima intentaba protegerla callando...

—Pero ¿de qué? —murmuró ásperamente, dirigiéndose a su reflejo en el espejo—. Ni siquiera intentó encontrarme. Ni siquiera me envió una notita. Como si yo ya no existiera... Así que, ¿por qué iba yo a preocuparme por él?

Con un gesto maquinal, abrió un cajón del mueble, dejó la carta sobre las demás y lo cerró. Después, recorrió con la mirada la multitud de botes y botellas que cubrían el tocador. Entre ellos se encontraba el frasquito ambarino que le había regalado Nicolas des Méloizes. Un día, por casualidad, había oído en uno de los salones que frecuentaba que su antiguo enamorado vivía ahora en Francia y había obtenido la cruz de San Luis por haberse distinguido en la batalla de Sainte-Foy.

Había intentado imaginar cómo habría sido su vida si hubiera aceptado casarse con él. ¿Habría sido feliz? ¿Hubiera tenido hijos?

Su mano se crispó sobre su vientre, que seguía desesperadamente plano. ¿Acaso ya no podría tener más hijos? Había perdido tanta sangre cuando nació Gabriel... No obstante, el médico Larthigue le había asegurado que no tenía por qué preocuparse, que todo estaba bien curado. Pierre quería al niño como si fuera su propio hijo, pero Isabelle suponía que deseaba tener hijos propios. Ella no tenía prisa por tener otros. Sin embargo, unas caritas con sus propias facciones mezcladas con otras que no fueran las de Alexander la ayudarían a instalarse, en cierto modo, en su nueva vida.

Isabelle dudó entre la esencia de almizcle y el espíritu de nardo, y finalmente optó por el segundo, cuyo perfume era menos mareante. Ella aborrecía esos cosméticos de los que las damas de la buena sociedad siempre estaban hablando; esas cremas a base de grasas que se enranciaban y apestaban a pesar de los aceites esenciales que llevaban incorporados; esas pomadas que se mezclaban con polvos de óxidos de metales, cuyos nombres olvidaba continuamente. Isabelle era bastante incrédula respecto a la eficacia de esos productos. La señora Hertel se había hecho preparar una nueva pomada para «atenuar las irregularidades de su tez», decía. Al cabo de una semana de tratamiento, efectivamente se había producido un cambio notable: ¡su piel estaba cubierta de manchas rojas y pústulas! La pobre se había encerrado en su casa durante dos semanas, hasta que las marcas desaparecieron completamente.

Isabelle detestaba notar esas sustancias sospechosas sobre su piel. Su tez tenía una palidez natural; ella no necesitaba blanco de plomo. También prescindía de las pelucas, de las que caía el polvo sobre los hombros y bajo las cuales se sudaba tanto. La única coquetería que se permitía era un poco de polvo de bermellón sobre los pómulos y los labios. Esa noche, le hacía mucha falta.

Oyó unos pasos que hacían crujir las láminas del parqué de la habitación y notó una presencia detrás de ella.

—¿Estaréis pronto lista, querida? —susurró quedamente Pierre a su oído.

Los puños de encaje de su marido le rozaron la mejilla. Una mano masculina se posó en su cuello, lo acarició suavemente y después se deslizó hacia la nuca que Élise había despejado tan hábilmente.

—¡Estáis sublime esta noche! Élise se ha superado. Seréis la más hermosa de este espantoso inicio de primavera. Todavía nieva...

Isabelle se examinó el peinado en el espejo.

—¡Hummm!

Desde luego, debía admitir que esa cabeza de chorlito de Élise tenía talento cuando se trataba de arreglarle los cabellos. Pierre había tomado a la joven a su servicio hasta que estuviera en edad de casarse. Había firmado un contrato con su padre: a cambio de sus servicios, Élise tenía que estar adecuadamente alojada y alimentada. Además, Pierre tenía que proporcionarle un ajuar completo y vestirla con ropa nueva.

La doncella acababa de cumplir diecinueve años y se dejaba cortejar por el hijo del tabernero Bernier. Así pues, pronto se marcharía, e Isabelle podría elegir a alguien con quien pudiera mantener una conversación interesante. Estaba cansada de que le contaran los últimos chismes del mercado, y le importaban muy poco los pesos de plomo del panadero Gerlaise que no llevaban los sellos del rey.

Pierre desabrochó la vuelta de perlas que ella llevaba puesta al cuello.

—¿Qué estáis haciendo? —exclamó Isabelle, cuyos ojos se cruzaron con la mirada amorosa de él en el espejo.

—Esperad... Creo que esto será más apropiado.

La joya estaba fría y se deslizaba suavemente sobre la piel. Isabelle abrió unos ojos como platos al ver el magnífico collar: de una cadena de oro colgaban tres nudos de oro con brillantes incrustados, cada uno de los cuales sujetaba una esmeralda en forma de lágrima. Dichoso por el efecto

que producía su sorpresa, Pierre besó a su mujer detrás de la oreja pensando en la manera en que ella podría agradecerse.

—¿Os gusta?

—Pero... ¡Es demasiado! Esto vale una fortuna, Pierre. ¡No deberíais que haberlo hecho!

—Tenéis que ser la más hermosa, cariño. Pero me había olvidado... Ya sois la más bella, ¿no es así?

—¡Oh, Pierre!

Emocionada, Isabelle se giró hacia su marido y le sonrió. Él se acercó y la besó tiernamente en la boca. A ella le gustaba Pierre, e incluso a veces se sorprendía a sí misma esperando el momento en que se encontrarían a solas ante un buen vaso de vino y discutirían de esto y de lo otro. Con el tiempo, iba descubriendo a un hombre encantador, inteligente y que estaba realmente enamorado de ella. No quería herirlo y nunca le había reprochado su matrimonio de interés. Pero, en todas esas atenciones y regalos, Isabelle adivinaba la loca esperanza de hacer nacer en ella amor por él..., como su padre había esperado en vano ganarse el corazón de Justine. Un día, tal vez, si sabía ser paciente..., ella conseguiría amarlo tanto como él se merecía.

—¡Mamááá! ¡Mamááá! —llamó una vocecita en medio de los ruidos de una carrera por el pasillo.

El pequeño Gabriel apareció en el vano de la puerta, con las mejillas ardiendo y los ojos llorosos. Marie iba tras él. Isabelle se precipitó hacia ellos.

—¿Qué te pasa, mi amor? ¿Te has hecho daño? ¿Dónde tienes pupa?

—Pupa no, mamá. Es *Ma'ie* —gimió el pequeño, girándose con aire temeroso hacia la salvaje que se retorció la trenza, azorada.

Frunciendo el ceño, Isabelle se inclinó hacia él entre un suave crujir de telas y encajes.

—¿Qué le pasa a Marie?

—No *quiede* que me quede el *datón*...

—El ratón —corrigió Isabelle con un poco de impacien-

cia—. Pero ¿de qué ratón me estás hablando? Aquí no hay ningún ratón, Gaby.

—Pues... de aquí —insistió Gabriel, mostrando una ratonera en la que estaba atrapada la cabeza sanguinolenta de un animalito.

—¡Puaj!

—He intentado quitarle el ratón, señora, pero me ha mordido.

—¡Gabriel Larue, te prohíbo que muerdas a la gente! ¿Qué modales son éstos?

Dicho eso, Isabelle agarró el bracito que sujetaba el espantoso juguete. El ratón cayó al suelo haciendo un ruido seco, y Gabriel, con la barbilla temblorosa, miró a su madre con sus ojos azules llenos de lágrimas. Pierre, conteniendo con dificultad la risa, recogió el roedor.

—Creo que ha llegado el momento de tener un gato. Cazará los ratones y se los comerá, así ya no podrás volver a jugar con ellos, hombrecito.

Con la mano libre, despeinó la cabellera deslumbrante de Gabriel, y después, abandonó la estancia sonriendo. Marie, al ver que el asunto estaba arreglado, pidió si podía retirarse. Isabelle asintió en seguida. Tomó a su hijo en brazos y lo llevó hasta la butaca donde se había refugiado tantas veces con él, de noche, para alimentarlo, y después para consolarlo y volver a dormirlo cuando tenía pesadillas.

—Trepá aquí —le dijo ella con una voz templada que tranquilizó al niño.

Él obedeció y se refugió en las faldas, ahora completamente arrugadas, de su madre. Isabelle, al ver en qué estado estaba su vestido, dio un suspiro, pero le sonrió.

—Ahora, Gabriel, vas a explicarme qué hacías con el ratón. Sabes perfectamente que esos bichos son sucios y que pueden morderte...

—Sí, mamá. Pero el *datón* está muerto... Yo *quedía judad* con él.

—Ratón. Repite, Gaby, ¡rrratón!

—¡Ddatón!

—¡Santo cielo! Tu sangre escocesa...

Se interrumpió bruscamente y se llevó la mano a la boca. Se le había escapado.

—¿Qué tiene mi sangre?

—Nada, Gaby, nada. Está muy bien tu sangre. Bueno, es hora de irse a la cama.

Cogió al niño y lo dejó en el suelo. Después, lo tomó de la mano y se dirigió con él hacia la puerta.

—¿Qué es sangre *cocesa*, mamá?

En ese preciso momento, apareció Pierre en el vano de la puerta, sonriendo, como siempre. Ella se ruborizó violentamente, y después, al darse cuenta de que no había oído nada, le devolvió la sonrisa con el corazón acelerado.

—Te lo explicaré otro día, Gaby —susurró al oído del chiquillo—. ¿Queréis llevarlo a la cama, Pierre? Tengo que recomponerme un poco.

—Apresuraos, el coche está listo.

Entonces, se inclinó hacia Gabriel y continuó:

—Sé bueno, mi cariñito. Dentro de un minuto voy a darte tu besito.

Nada parecía suficiente para celebrar la llegada, muy progresiva y lenta, de la primavera. El fasto explotaba en un derroche de colores, texturas, sabores y sonidos que excitaban todos los sentidos. Sociedad hedonista, la burguesía trepaba los escalones del poder en un país donde la nobleza se había disuelto. El castillo de Vaudreuil, residencia del gobernador de Montreal, Ralph Burton, estaba situado en la calle San Pablo, y tan sólo se encontraba a unos pocos pasos de la casa de los Larue. No obstante, Pierre había preferido que se enganchara la berlina para que Isabelle no se manchara con la nieve y el barro de las calles surcadas por los vehículos.

La sala de baile brillaba con miles de fuegos. La orquesta tocaba una chacona, mientras que los vestidos, como flores, exhibían sus corolas tornasoladas y atraían una nube de abejas. El espectáculo cautivaba a Isabelle, un poco harta de es-

cuchar la conversación sobre la situación de la Iglesia católica en la nueva *province of Quebec*.

—¡Pero eso es un escándalo! ¡Los ingleses no respetan el tratado!

—¡Desde luego! —exclamó la señora Berthelot, agitando su ancho abanico de nácar y plumas teñidas de rosa tierno ante su cara pintada de blanco y rojo—. El gobernador Murray encontrará pronto un nuevo obispo. Este hombre es tan bueno con nosotros y tan conciliador...

Los ojitos daban vueltas en sus órbitas, bajo unas cejas negruzcas, e iban de un vestido a otro, evaluando, comparando, juzgando. Isabelle sorbía su ponche, haciendo una apuesta mental sobre cuántos segundos se aguantaría todavía la mosca de terciopelo que colgaba de la comisura de los labios de la dama.

—El artículo cuatro del tratado nos da permiso para practicar nuestro culto según sus leyes, y no las nuestras, señora Berthelot. Pero no nos permite hacer lo que queramos —advirtió Isabelle, que se sorprendía con la simpleza de espíritu de algunas de sus compatriotas—. Sabed que ese querido Murray, a pesar de su buena voluntad, no podrá cambiar nada.

«¡Eso es!» La mosca cayó en el vaso de la dama. Clavando la mirada en la cosita negra que flotaba en la superficie del líquido ambarino, Isabelle desplegó su abanico para ocultar una sonrisa.

Sin obispo tras la muerte de monseñor Pontbriand, en 1760, el clero canadiense chocaba con las autoridades británicas, que no reconocían al Papa e invocaban las leyes de Gran Bretaña para negarles el nombramiento de un nuevo dignatario. Este asunto levantaba polvareda. Además, algunos religiosos se habían convertido al protestantismo y había canadienses que se casaban con ingleses protestantes. De todas las religiosas que anteriormente habían vivido en la colonia, ahora sólo quedaban las canadienses, ya que las otras habían regresado a Francia. Como todos los sulpicianos eran franceses, las autoridades protestantes no tenían confianza en ellos.

Al igual que había sucedido con los recoletos y los jesuitas, se hablaba de confiscarles todos los bienes. Había que buscar la manera de salvar la religión del vencido.

—¿Sabíais, querida amiga —continuó Isabelle con un chasquido del abanico—, que desde la firma de ese famoso tratado, nuestro clero ha perdido casi el tercio de sus efectivos en la colonia? Decidme: ¿quién formará a nuestros futuros sacerdotes si se cierran los seminarios y los colegios? El gobierno británico impide que venga cualquier sacerdote nuevo francés.

La señora Berthelot levantó la nariz. Juliette Amyot se atrevió a opinar y avanzó su cabeza de guardaña.

—Dicen que el abad de La Corne se ha marchado precisamente a Londres a pedir una audiencia al rey para obtener el permiso de nombrar él mismo al obispo, señora Larue.

—Su majestad británica seguramente no verá con buenos ojos esa petición, creo yo. El hecho de que ahora el abad viva en Francia seguramente lo convertirá en sospechoso, y el rey Jorge lo tomará por espía o instigador de una rebelión. El celo de sus aspiraciones a la obtención de la mitra y las tendencias anglóforas de su familia no harán más que aumentar las sospechas, estoy convencida. No creerán que su demanda sea totalmente desinteresada, ni objetiva su elección de obispo.

Creyendo, no sin razón, que se intentaba hacer desaparecer el catolicismo de Quebec, el clero canadiense, por su parte, había enviado a Londres al diputado del pueblo Étienne Charest a finales del mes de octubre para que entregara al rey una petición especial. Isabelle empezaba a compartir los temores de su prima en cuanto a la invasión inglesa y deploraba el laxismo de la población canadiense, que, ocupada en complacer al nuevo amo del lugar, se olvidaba de hacer valer sus tradiciones.

La señora Berthelot se quedó mirando a Isabelle con hastío y tomó un sorbo de ponche antes de replicar:

—Pero somos más de diez mil almas católicas frente...

—¿Doscientas almas protestantes? ¡Sea! Sólo que son las

almas impías las que dirigen, querida, y harán todo lo posible para que la situación permanezca así. ¿Habéis oído hablar de la ley del Test?

—Pero... el señor Mounier es francés, y sin embargo, el nuevo gobierno lo ve con buenos ojos.

—Por supuesto, y yo sería la primera que me alegraría si el señor François Mounier no fuera hugonote. ¿No lo sabíais? —precisó Isabelle sin ocultar su impaciencia—. Y... creo que os habéis tragado vuestra mosca, señora Berthelot.

—¡Oh!

Isabelle oyó unas voces a su espalda.

—Ya puede ir hablando, ésta. Su marido se está forjando un puesto entre los grandes.

—¿Es hugonote?

—Los Larue son católicos..., de momento. Pero no me sorprendería que él hubiera realizado en secreto el juramento de abjuración. Ya se defiende bastante bien en inglés.

Isabelle dio media vuelta y fulminó con la mirada a la viuda Brodeur.

—Señora, el puesto que mi marido se está labrando a golpe de podadera es muy pequeño, ¡creedme! Además, efectivamente, mi marido es católico y así lo será, podéis estar segura. ¡Sirve, pero desde luego no reina! En cuanto a su inglés, no tiene otra elección que perfeccionarlo, aunque sólo sea para que no nos engañen.

La viuda apretó los labios y parpadeó. Sus mejillas, rojas de polvo y de cólera, destacaban sobre su tez blanca acentuada por el violeta de su vestido. Sin esperar la réplica, Isabelle, después de saludar educadamente al grupito, se dirigió con paso firme hacia el lugar donde había visto a Pierre por última vez. Tenía unas ganas repentinas de bailar y divertirse.

La orquesta empezaba un minué. La joven buscó a su marido con los ojos, pero no lo vio. No obstante, había estado allí hacía apenas diez minutos. Escrutando la multitud, buscó su hermosa cabeza rubia, que apenas había empolvado, pues sabía que ella lo detestaba: le hacía estornudar.

En el otro extremo de la sala, vislumbró a su hermano

Étienne, que seguía en el negocio de las pieles. ¿Qué estaría haciendo allí, en un lugar donde la mayoría de los comerciantes llevaban apellidos como Dunn, Walker o Livingstone, él que era tan patriota? Discutía con dos señores. El más alto, distinguido y de aspecto altivo, era el señor Luc de La Corne, pariente del abad de La Corne, que era militar y comerciante en pieles. Ella lo conocía porque se había cruzado con él en una cena a la que asistió en compañía de Nicolas des Méloizes. El hombre se había distinguido a las órdenes de Montcalm, en el ataque victorioso al fuerte William-Henry y en el sitio de Carillon. Sus hazañas le habían valido la prestigiosa cruz de San Luis en 1759. Pero, debido a su gran conocimiento de las lenguas y costumbres de los salvajes, a cuyo mando había estado en la batalla de Sainte-Foy, los ingleses sospechaban que fomentaba la revuelta en la región de los Grandes Lagos.

Miembro de la élite colonial, que el ocupante animaba a regresar a Francia, era uno de los pocos supervivientes del naufragio del *Auguste*, en las costas de Cap-Breton en noviembre de 1761. Había perdido a sus dos hijos y a su hermano en ese desgraciado acontecimiento. De regreso a Montreal, después de un viaje largo y difícil atravesando los bosques nevados y los ríos helados, La Corne había abandonado su proyecto de regresar a la vieja metrópoli y había decidido instalarse definitivamente en Canadá.

El segundo hombre con el que departía su hermano también estaba en el comercio de pieles y se llamaba Maurice Blondeau. Étienne había viajado con él en su última expedición. Habían regresado de Michillimackinac³ a principios del mes de octubre con el relato espeluznante del levantamiento de los ojibwas y de los chippewas, del que habían sido testigos: los salvajes habían tomado al asalto el fuerte y habían ma-

3. Originariamente, Michillimackinac era una misión de los jesuitas instalada en el estrecho que separaba el lago Hurón del lago Michigan. Esta misión se convirtió posteriormente en una de las bases comerciales francesas más importantes de la región de los Grandes Lagos.

sacrado a la guarnición. Varios ataques de este tipo habían tenido lugar a lo largo del verano de 1763. Las autoridades, muy preocupadas, habían emitido una orden que prohibía a los comerciantes proporcionar víveres, armas o municiones a los salvajes de la región de los Grandes Lagos. Un jefe odawa muy influyente, Pontiac, constituía una amenaza para la paz en esa región. Evidentemente, los comerciantes de Montreal habían reaccionado y habían protestado contra esa injusticia: eso atentaba contra la libertad de comercio.

Su hermano la vio, le sonrió y después dirigió la atención a sus interlocutores. Ella le devolvió la sonrisa y nada más: ahora sólo se veían y hablaban en contadas ocasiones. Desde luego, Étienne la había visitado en la calle San Gabriel, e incluso había hecho amistad con Pierre, que, dado el caso, le permitía aprovecharse de sus conocimientos profesionales. Así, ella se lo encontraba, a veces, en el despacho de su marido y le servía el té con pastas. Él le preguntaba educadamente por su sobrino, al que, sin embargo, no mostraba interés por ver. Étienne nunca cambiaría. A veces, Isabelle entendía la enemistad que se había instalado entre él y Justine. Eran tal para cual...

En medio de la muchedumbre abigarrada, la joven reconoció algunos rostros familiares. Estaba Francis Maseres, que discutía con el marqués Alain Chartier de Lotbinière y su esposa, Marie-Josephite. Más alejado, vio un grupo de hombres de ley, entre los que se encontraban William Hey, Charles York y James Marriott. Junto a ellos había unos negociantes, uno de los cuales, Thomas Walker, se reía a mandíbula batiente.

La gente se agrupaba por ambientes: capitanes de la milicia canadiense, damas de noble alcurnia, esposas de plebeyos, oficiales... Una buena parte del ejército británico había venido de Quebec. En medio de todo ese gentío, ella se sentía una flor entre cardos. En definitiva, los bailes y las cenas oficiales ya no le divertían.

Finalmente, vio a Pierre con cinco personas, tres de las cuales le eran desconocidas. El primer hombre, alto y delga-

do y de cierta edad, tenía un aspecto bastante austero. «Un inglés», se dijo. Sin duda, era uno de esos nuevos comerciantes que se jactaban de conocer la fórmula química para convertirlo todo en oro. Los otros dos, claramente más jóvenes, tenían el rostro rubicundo a causa del buen vino. Con toda seguridad, se trataba de dos hermanos. El parecido era sorprendente.

Con ellos estaba Edward Gray, un comerciante de la ciudad que se dedicaba a las subastas. Por último, el quinto hombre era Pierre Foretier, especulador inmobiliario, un antiguo amigo, cuya esposa, Thérèse, era bastante agradable.

Los negocios eran prósperos, y esos comerciantes que habían seguido al ejército inglés habían venido a sangrar lo que quedaba de la economía canadiense. Había que resignarse, ya que esa gente visitaba regularmente el despacho de Pierre para llenar sus cofres. Escabulléndose en medio de un sensual frufú, con el que algunos se giraron, Isabelle llegó hasta donde estaba su esposo.

—¡Ah! —exclamó Pierre con una amplia sonrisa cuando la vio llegar—. Venid, querida, os presentaré a tres recién llegados a nuestra hermosa *province of Quebec*. John McCord, y Joseph y Benjamin Frobisher. Señores, mi maravillosa esposa, Isabelle.

Los hombres la saludaron y ella se inclinó educadamente, sacudiendo su abanico para ocultar la mueca que no pudo evitar. Detestaba cuando Pierre se ponía alegremente a hablar en inglés. Tomando la mano que ella le tendió a desgana y que él rozó con sus labios, Joseph Frobisher sonrió tan ampliamente que parecía un lucio a punto de morder un anzuelo.

—Encantado —murmuró en francés.

—Los señores Joseph y Benjamin Frobisher han venido para hacerse un sitio en el comercio de pieles. ¡Al igual que el señor McCord, quieren hacer grandes cosas aquí!

—¿No lo querrán todo? —replicó Isabelle con una amplia sonrisa.

Foretier se quedó atónito, y Pierre tomó a Isabelle por el codo e hizo una ligera presión a modo de advertencia. No era

cuestión de espantar a esos clientes potenciales. Ella lo sabía perfectamente y no tenía ganas de estropear la velada.

—¿Hace mucho que estáis aquí, señor McCord?

—No, pero lo suficiente para darme cuenta de que aquí el invierno es demasiado frío. A mi esposa, Margery, no le gusta mucho.

—¡Pues si no ha hecho más que comenzar! Me temo que todavía no habéis visto nada, señor McCord. ¿Sois de origen escocés?

—No, del norte de Irlanda.

—El señor McCord poseía un puesto de bebidas —precisó Pierre.

—Cerveza.

—¿Y tenéis hijos?

—Yes.

—¿Les gusta esto? ¡Ejem! *Do your children like to live in Canada?*⁴

—*Oh, yes! Do you speak English, madam?*⁵

—¡Un poquito! —respondió Isabelle, sonrojándose ligeramente.

—¡Oh! Ya veo. Lo habéis aprendido con un escocés, creo —constató el irlandés sin maldad—. ¿Quizá conocáis al teniente Alexander Fraser, del regimiento de los Fraser Highlanders? Mi hija Jane acaba de prometerse con el teniente Fraser. El señor Fraser ha comprado el señorío de La Martinière de Beaumont.

—¡Ejem!, sí. He oído algo al respecto —murmuró Isabelle, con la mirada perdida hacia un grupo de hombres que discutía más lejos.

El corazón de la mujer se puso a palpitar con tanta fuerza que se quedó momentáneamente sin respiración. Pierre, que seguía cogiéndola por el codo, la sujetó.

—¿Pasa algo, Isabelle?

—¿Eh...? Ya se me pasa...

4. «¿A vuestros hijos les gusta vivir en Canadá?»

5. «¡Oh, sí! ¿Habla usted inglés, señora?»

Una giga alcanzaba sus oídos. El corsé la oprimía. Tenía la camisa empapada en sudor. Pierre se inclinó hacia ella, con el rostro arrugado por la inquietud.

—¿Estáis segura de que se os pasará, querida? Estáis tan pálida. ¿Tal vez tendríais que sentaros un momento?

—No —respondió ella un poco secamente—. Yo... Sacadme a bailar, Pierre; os lo ruego.

El joven Joseph Frobisher se adelantó y se inclinó ante ella, con una mano en el corazón, al modo caballeresco, y aprovechándose de una deliciosa perspectiva sobre su corpiño.

—Si la señora me permite... el honor de este baile

Isabelle se quedó un momento muda ante la audacia del joven inglés. Sin saber qué responder, interrogó en silencio a Pierre, cuyos labios apretados no eran más que una línea.

—Concedédselo, querida —murmuró bajando los ojos—. De todos modos, tengo que hablar con estos señores. El señor McCord quiere regresar al negocio de las bebidas. Le gustaría mucho instalarse en Quebec, donde la guarnición supondría una buena clientela. Intento hacerle cambiar de idea antes de que se marche hacia allí la próxima semana. No os preocupéis.

«Por supuesto, la señora divierte a los clientes mientras se discute de negocios...» Ella sonrió a Pierre, y después al joven que estaba esperando con la mano todavía sobre la chaqueta. Con la cabeza alta, Isabelle se dejó guiar por esa mano, que, según descubría con cierto asco, estaba sudada. Acompasó su paso al del caballero, mientras escrutaba a los convidados en busca de su turbadora visión. Esa cabellera de reflejos de bronce, esa nariz aguileña... El hombre vestido con un traje de paño negro le daba la espalda, pero ella había sorprendido su perfil y había reconocido su compostura. «No puede ser él... ¡Jamás iría a una velada como ésta!», pensó, sobresaltada.

Con su mirada penetrante, el hombre recorría las filas de bailarines que una ola de júbilo hacía ondular. Al parecer, Kiliaen Van der Meer no estaba allí.

—Ya podemos marcharnos —declaró inclinándose hacia su compañero.

Gabriel Cotté entornó los ojos y examinó uno a uno los rostros que desfilaban ante ellos. Él era quien tenía que poner al americano en contacto con el negociante al que todos se referían como «el holandés».

—Veo a Blondeau, pero no veo a Van der Meer. Lo siento, amigo. Sin embargo, me habían asegurado que esta noche estaría aquí.

Siguiendo el ritmo de la música con el pie, un tercer hombre, que todavía no había dicho nada, se giró hacia ellos, mostrando una sonrisa de oreja a oreja en su delgado rostro. Con la frente redondeada y ligeramente salida y una barbilla prominente, parecía un *pirot* de perfil.

—¡Peor para el holandés, a mi parecer! Estas criaturas tan encantadoras..., ¡hummm!..., divinas...

Cotté soltó una carcajada que atrajo momentáneamente la atención de los grupos cercanos. Al primer hombre le molestó.

—Van der Meer sabe dar con las más hermosas criaturas de esta ciudad, Jacob. No os preocupéis por él. Por cierto, eso debe de haber sido lo que lo ha retenido. Mira por dónde...

—dijo bruscamente Cotté, señalando con un golpe de barbilla a una pareja que brincaba en la pista—. ¿No es ése uno de esos nuevos comerciantes ingleses..., Benjamin Frobisher?

—Es Joseph —corrigió Jacob Solomon, siguiendo el movimiento fluido del vestido verde musgo resplandeciente.

—¡Ah! ¡Joseph! ¡Bendito sea! ¡No ha tardado mucho en ir a mariposear al jardín de nuestro querido notario Larue! ¡Pero menudo gancho tiene ése también! ¡Con una mujer así, no es de extrañar que le birla toda la clientela a Mézières!

—¿Quién es esa dama? —preguntó el primer hombre, cautivado por el esplendor de la mujer.

—La señora Isabelle Larue, de soltera Lacroix, Escocés. ¡Pero cuidado con el que se acerque a ella! Es la niña de los ojos del notario. Si Frobisher ha tenido el favor de bailar con ella es porque Larue debe de haber olido un buen negocio. ¡Muy astuto, este notario! Está conchabado con los comerciantes ingleses, para quienes redacta contratos, testamentos... En fin, como suele decirse, ¡aunque salga de manos asquerosas, el dinero siempre huele a rosas!

El Escocés observaba a la dama desde hacía un buen rato. De hecho, desde que había puesto el pie en la sala de baile, se había fijado en esa belleza acompañada de las esposas de los notables de Montreal. Después, la había seguido con la mirada en la pista de baile, mientras ella daba brinquitos con su caballero, que la observaba con intensidad. La gracia de sus gestos expresaba cosas que una mujer de buena cuna nunca osaría decir con palabras. Esa sensualidad que desprendía... Todos los hombres se giraban discretamente hacia ella cuando pasaba por su lado.

—Decidme, Cotté, ¿ese notario Larue no es el que redactó el contrato del holandés?

Su compañero se inclinó hacia él.

—Sí, desde luego. Pierre Larue.

—Entonces, ¿es su marido? ¡Ah! ¡Qué lástima!

—Una real hembra, ¿no? Dicen las malas lenguas que su hijo de tres años es... obra de otro —susurró—, y que tiene el pelo rojo como el fuego. Ella es de Quebec, ¿verdad? ¿Vuestros regimientos no pasaron allí el invierno, después de la capitulación?

—¡Hummm!

Un carraspeo sacó al Escocés de sus pensamientos. Ignace Maurice Cadotte estaba detrás de ellos. Tenía las mejillas sonrojadas por el frío y algunos copos de nieve todavía se amontonaban sobre su tupé.

—He encontrado al holandés —anunció, jadeante—. Está en el albergue Dulong.

—¿Y qué narices hace allí? —gruñó Cotté.

—Bueno, divertirse.

—¡Maldito Van der Meer! —espetó Solomon, dando una palmada—. ¿Preferir la compañía de los viajeros⁶ a la de las mujeres más hermosas del país? ¡Este tipo me desconcierta!

El Escocés sonrió. Él tan sólo conocía a Jacob Solomon

6. En el contexto del comercio de pieles, el viajero *–le voyageur–* es un hombre contratado por una compañía. En Canadá, es un personaje típico de esa época. (*N. de la t.*)

desde hacía tres meses, pero el hombre le había gustado de entrada, por su simpleza y gran ánimo. Natural de Nueva York, este soldado de las tropas coloniales americanas del ejército británico se había licenciado en cuanto acabaron los conflictos. El joven judío se había mudado con su mujer y su hija a Montreal, para probar fortuna en el comercio de las pieles. Su padre, banquero, había muerto hacía menos de un año y le había legado una pequeña fortuna. Como no le interesaban en absoluto las altas finanzas, se había dejado conducir hasta allí por su gusto por la aventura.

Solomon había contactado con él a través de Philippe Durand, hermano de Marie-Anne, la mujer con la que vivía el Escocés. Ésta era la viuda de su antiguo amo, el comerciante André Michaud. Solomon era un rico negociante que buscaba un socio que conociera el país. El americano, amargado por su experiencia en el ejército británico, algo que no ocultaba, prefería un comerciante canadiense que conociera las antiguas rutas de los franceses y estuviera dispuesto a descubrir otras para un comerciante de raigambre británica.

El holandés recorría el país en busca de pieles desde hacía muchos años. Philippe, que lo conocía, se lo había sugerido en seguida a Solomon. Lo único que tenía que hacer el Escocés era poner en contacto a ambos hombres. Al asociarse con Van der Meer, el judío tendría la posibilidad de ir recomprando sus partes en la compañía: el comerciante se hacía mayor y los viajes le parecían cada vez más difíciles, y había manifestado su deseo de jubilarse pronto.

El Escocés sospechaba que Philippe quería favorecer esa asociación por razones absolutamente personales. Durand en seguida le había hablado del holandés. Con motivo de su último viaje, al parecer, un grupo de comerciantes —del que formaba parte Durand— que se rebelaban contra las severas medidas tomadas por el gobierno inglés le habían confiado una misión secreta. Ahora se mostraba renuente a llevarla a cabo y se negaba a verse con el grupo antes de su regreso de Grand Portage, a finales del próximo verano. Durante todo el invierno, las espadas habían permanecido en alto. Van der

Meer tenía que rendir cuentas a toda costa: el comercio de pieles estaba muy mal.

La agitación en la región de los Grandes Lagos limitaba el territorio de comercio y había impulsado a ese grupo de comerciantes a formar una liga, con la finalidad de echar una mano a las tribus que se rebelaban contra las autoridades británicas. Evidentemente, cada uno tenía su propio interés, político para unos, comercial para otros. Pero había un objetivo común: expulsar del país a las guarniciones inglesas y recuperar la posesión de las tierras.

También se había solicitado ayuda a los franceses que seguían instalados en Luisiana.⁷ Pero, hasta ahora, las gestiones sólo habían tenido un éxito mitigado. Con la esperanza de obtener su apoyo, Pontiac había hablado con el capitán Neyon de Villiers, comandante del fuerte de Chartres.⁸ Sin embargo, éste le había aconsejado que enterrara el hacha de guerra. Estaba claro que quería obtener el favor de sus nuevos amos. Por lo tanto, no le interesaba apoyar el movimiento. No obstante, un puñado de comerciantes de origen francés de Illinois y Delaware se habían unido a ellos. Además, se sospechaba que algunos negociantes americanos, deseosos de apropiarse del prometedor mercado del oeste del continente, participaban a escondidas en la rebelión de Pontiac, aunque ninguno de ellos lo manifestara abiertamente por temor a las represalias.

Así pues, a lo largo del verano de 1763, mientras que los salvajes tomaban a sangre y fuego todos los puestos avanzados fortificados del valle del Ohio y de los Grandes Lagos, un baúl

7. Para proteger Luisiana de una invasión inglesa, en 1762 Francia había cedido a España la parte del territorio situado en la orilla derecha del Mississippi. Al firmarse el Tratado de París, esta región había pasado a pertenecer a la corona española. No obstante, por diversos motivos, los franceses continuaron administrándola.

8. Fuerte de piedra construido a orillas del Mississippi que era el cuartel general francés en Illinois. Al pasar a ser posesión británica en 1763, el mando del fuerte fue relevado de sus funciones en 1765 por el 42 Regimiento Real de las Highlands.

llo de luises de oro y de piastras españolas había remontado el Mississippi hasta el lago Superior, para que el holandés se hiciera cargo de él. El dinero estaba destinado a pagar las armas y las municiones que reclamaban los rebeldes canadienses. No obstante, el holandés, que como era bien sabido había regresado de la colonia comercial de Grand Portage a finales de septiembre, estaba en paradero desconocido. No había salido de la sombra hasta hacía un mes y estaba reclutando hombres para su próxima expedición. Cuando lo habían interrogado respecto al dinero que se suponía estaba en su poder, había declarado que lo había escondido en un lugar seguro. La tinta del Tratado de París todavía estaba fresca. Era más prudente esperar a ver qué decidía el gobierno en cuanto a los territorios de las colonias comerciales, ahora que Pontiac estaba tranquilo.

Parecía, efectivamente, que la rebelión de los salvajes se había extinguido desde que había acabado el sitio del fuerte Detroit.⁹ Los miembros de la liga habían aceptado, a regañadientes, la sugerencia del holandés. Pero el rencor había hecho mella y las disensiones habían dividido al grupo. Philippe Durand, que se había hecho cargo del negocio de su cuñado, André Michaud, era de los que deseaban a toda costa meter la mano en la caja. Jacob Solomon le iba de perillas, ya que su odio hacia las autoridades inglesas hacía de él un asociado ideal para conseguir sus fines.

El Escocés dejó de atender al frenesí de los bailarines y se volvió hacia el judío, que daba palmadas mientras seguía con la mirada a una joven señorita.

—¡Sea! —dijo, haciendo ademán de marcharse—. Gabriel os llevará mañana en presencia de Van der Meer. Hoy es demasiado tarde. Esta misma noche, tengo que volver a Batiscan junto a Marie-Anne. De todos modos, el holandés ya no debe de estar para hablar de negocios.

9. Construido por los franceses, este fuerte, que recibió primero el nombre de Pontchartrain, estaba situado en la orilla norte del afluente Detroit, en el lugar donde en la actualidad se asienta la ciudad del mismo nombre, en Michigan (Estados Unidos).

Cuando se giraba para lanzar una última mirada a la esposa de Larue, la sorprendió observándolo, inmóvil en la pista. Tenía la tez tan pálida...

—¿Señora? ¿Señora? ¿Os encontráis bien?

El corazón de Isabelle latía con tal fuerza que parecía que se le iba a salir del pecho. Ahí estaba, a tan sólo unos pies de distancia de ella, mirándola con una expresión indescifrable. Un sofoco hizo que se tambaleara. «¡Alex...!» El hombre simplemente le dedicó una pequeña reverencia y se giró, sin más, dejándola estupefacta en medio de los bailarines que la esquivaban. Ella se quedó allí, inmóvil, con la mirada clavada en la oscura cabellera de reflejos de bronce que desapareció en un mar de pelucas. Las lágrimas le nublaban la vista.

—¡Señora!

Una presión en el antebrazo le hizo girar la cabeza. El señor Frobisher, inclinado hacia ella, la miraba con preocupación.

—Yo... estoy confusa, señor —consiguió articular, conteniendo con gran dificultad los sollozos que la ahogaban—. Excusadme... Estoy un poco cansada. Creo que tendría que sentarme un momento. Podríais ir a buscarme un vaso de ponche; me sentaría muy bien.

—¡Ponche, sí, sí! ¡Será un placer, señora!

La voz se perdió en una nube de notas musicales, mientras que Isabelle se sumía en sus recuerdos.

—¡Santo Dios! Los canadienses apenas han tenido tiempo para reponerse de los horrores de la guerra y Thomas Gage ya les pide que se alistén en la milicia para combatir a los salvajes que, en el pasado, eran sus aliados. ¡Desde luego, es increíble! —tronó Blondeau con irritación.

—Reclutan a voluntarios —intervino La Corne—. Nadie está obligado a alistarse; lo sabéis perfectamente. Además, Burton se opone de forma tajante. Teme que los sulpicianos inciten a los soldados de la milicia, hombres armados, a sublevarse. ¡No anda equivocado! Por ese mismo motivo, va-

rios comerciantes de pieles ingleses están de punta con Murray, que utiliza al clero católico para el reclutamiento. En ellos anida la cólera y el resentimiento. Todos sabemos lo influente que es la Iglesia en el pueblo... Yo no presiento nada bueno.

—En Quebec, el viento de la sublevación no sopla con mucha fuerza —intervino Étienne—. Las listas de reclutamiento no son muy largas. Pero aquí, en Montreal, es otra historia. Los comerciantes canadienses temen la competencia de los ingleses, ¡y con razón, os lo aseguro! Los territorios autorizados para el comercio ya no ofrecen nada. Los comerciantes quieren abrir nuevas vías hacia el oeste.

—¿Y ese viento que sopla en Montreal, señor Lacroix, podría haberos arrollado? —quiso saber La Corne, con una media sonrisa.

Étienne encogió la comisura de sus labios con aire sibilino, mientras preparaba una respuesta y dejaba que sus ojos vagaran entre el gentío borbotante. De repente, su expresión se inmovilizó y entornó los ojos para escrutar mejor los rasgos del hombre que estaba junto a Gabriel Cotté, a quien acababa de entrever.

—¡Vaya! ¡Vaya! —rió sarcásticamente Blondeau, malinterpretando el aspecto atónito de Étienne—. ¡Creo que nuestro amigo Lacroix acaba de ser hechizado por una sílfide!

El hombre abandonaba la sala. Étienne farfulló unas excusas y con paso decidido atravesó la pista de baile, provocando exclamaciones y miradas reprobadoras. Isabelle estaba allí. Lívida, tenía los ojos clavados en el lugar por donde acababa de desaparecer el desconocido, lo que confirmó las sospechas de Étienne. El hombre fue junto a Cotté, que se disponía también a abandonar la sala. Lo cogió por un codo y lo empujó hacia un rincón.

—¡Ah! ¡Pero si es mi buen amigo Étienne Lacroix! ¿Qué haces en Montreal? ¿Te vas hacia los Países del Norte en mayo?

—Buenas noches, Gabriel. El hombre con quien estabas hablando hace dos minutos, ¿quién era?

El nerviosismo enronquecía la voz de Étienne más que de costumbre. Cotté frunció el ceño.

—¿El judío? Jacob Solomon. Él...

—No, el otro. Un escocés, creo.

—¡Ah! ¿El Escocés? Jean el Escocés. Trabaja para Philippe Durand. ¿Por qué? ¿Andas reclutando gente?

«Jean el Escocés», repitió mentalmente Étienne. ¿Se habría equivocado? A no ser que el tipo utilizara un seudónimo..., lo que era muy posible. Se volvió hacia el lugar donde se había quedado petrificada Isabelle: había desaparecido. No, no se había equivocado. El hombre que había vislumbrado era efectivamente el antiguo amante de su hermana. Tosió y se movió para contener el creciente nerviosismo.

—¡Ejem...!, no. En fin..., quizá. ¿Dices que trabaja para Durand?

—De hecho, es su hombre de confianza. Vive con su hermana, la hermosa Marie-Anne. La viuda de Michaud, ¿te acuerdas?

—¡Hummm!, sí. Gracias, Gabriel.

—Yo salía para tomarme una última copa con el holandés, en el albergue Dulong. ¿Quieres unirse a nosotros?

—¿Con Van der Meer?

—Sí, he de verlo. Tengo a un hombre que busca un socio. Ese Solomon del que te he hablado.

—En otra ocasión, tal vez. Buenas noches, amigo.

Unos minutos después, Étienne se encontraba en la calle oscura. La nieve recién caída cubría el barrizal que era la calle San Pablo y relumbraba como un lecho de estrellas. Examinó un instante las huellas marcadas. El barro todavía no se había cristalizado en los bordes. Así que las siguió.

Junto a la Puerta de San Martín, que conducía al suburbio de Quebec, estaba esperando un coche. Tres individuos discutían. Oculto en las sombras de las murallas, Étienne los espió. Reconoció la silueta del que se hacía llamar el Escocés. El hombre subió al coche. Otro lo siguió, mientras que el tercero se sentó en el asiento delantero y empuñó las riendas. El látigo restalló sobre las grupas nevadas, acompañado de un

«¡arre!». El coche se estremeció y, con un chirrido, dio media vuelta y tomó la calle Santa María, en dirección hacia el este. Con la mano todavía crispada sobre el cuchillo, Étienne contempló la masa oscura del coche hasta que la oscuridad y las nubes de nieve que flotaban detrás se la tragaron completamente.

—Volveremos a vernos, Escocés. Por Marcelline.

—¿Estáis lista, querida?

Pierre sujetaba por el codo a Isabelle, que apenas se sostenía sobre sus piernas flojas.

—Sí.

Era más un maullido que una palabra. La joven cerró los ojos para atenuar el vértigo y se apoyó en la pared para no caer de cara. Le vino una náusea. Al percibir su tez grisácea, Pierre apretó el paso. El coche estaba esperando. Un poco confusa, Isabelle puso mal el pie en un escalón y resbaló.

—¡Oooh! —exclamó, agarrándose al brazo de su marido—. Estoy..., estoy...

—Un poco ebria, diría yo —completó Pierre la frase, sonriendo—. Ese joven Frobisher no ha parado de ir y venir de la fuente de ponche a vos. Me temo que lo habéis hechizado. No os lo reprocho... ¿Cómo iba un hombre a resistirse a vuestros encantos, señora Larue? Erais la más... divina de todas las hadas de primavera... ¡Hummm! Inspiráis amor. Psique debe de estar muerta de celos.

Isabelle hipó con una expresión irónica.

—¿De ver..., verdad? En fin..., ¡si vos lo decís!

La joven se echó a reír. El único hombre al que ella hubiera querido realmente gustar e inspirar algo se había eclipsado en cuanto la había visto. Sin embargo, la mirada que ella había sorprendido carecía de toda animosidad. Incluso le había parecido... serena. Eso la había dejado perpleja; más aún, inquieta. Si la había amado, sin duda habría tenido que manifestar resentimiento hacia ella, que lo había traicionado tan vergonzosamente... Habría tenido que mostrar-

le, al menos, una legítima frialdad. Ella lo hubiera entendido y aceptado. Pero que hubiese estado tan... calmado y sonriente... ¿Tanto se había equivocado ella respecto a sus sentimientos?

Su pie patinó sobre la piedra cubierta de barro y su risa devino un gritito. ¿La más hermosa de las hadas? De momento, los hechizos del hada no valían de mucho, y se habría estampado contra la nieve si Pierre no la hubiera sujetado con mano firme. Notó como si la empujaran sobre el asiento del coche.

—¡Basile!

—¿Sí, señor?

—Conducidnos al cerro de San Luis.

—Bien, señor.

Isabelle clavó una mirada vidriosa en su marido, que cerraba la portezuela.

—¿El cerro de San Luis? ¿Con este tiempo? Yo preferiría ir a dormir... —gimió ella, bostezando.

—El aire puro os sentará bien, querida, y pronto rayará el alba. Ya veréis, el amanecer es magnífico desde lo alto de la montaña.

—Magnífico —repitió Isabelle con un débil murmullo y luchando contra el sueño y las náuseas.

Efectivamente, el aire fresco le sentó muy bien y la vista de la ciudad bajo el cielo que palidecía con tonos pastel apaciguó su desasosiego. «Una visión... Tan sólo ha sido una visión», se decía con los ojos perdidos en las cintas azules por encima de ella. No era posible que Alexander hubiera estado en ese baile. Era un hombre que se parecía a él; nada más. Pero el azul intenso de la mirada y la línea tan particular de su sonrisa le venían a la mente y sembraban dudas que la conmocionaban.

Pierre, a su lado, con la barbilla apoyada en su hombro, la envolvía con sus brazos. Su aliento le calentaba la mejilla. Ella cerró los ojos y se dejó mecer por el gorjeo de los pájaros, que se despertaban después de una noche fría. ¡Qué noche! La señora Larue se había divertido de lo lindo, moviendo el es-

queleto con ligereza. Pero su corazón le pesaba demasiado y se había aburrido.

—¿Va mejor la cabeza?

Tierno Pierre, siempre tan condescendiente y atento. ¿Cómo iba a confesarle el motivo de su conmoción?

—Un poco.

—¿Queréis que caminemos un poco más?

—Basile debe de estar impaciente... Tal vez deberíamos regresar.

—Basile hace lo que le pedimos, Isabelle —susurró Pierre, haciéndola girar entre sus brazos para mirarla a la cara—. Él se ha pasado toda la velada durmiendo. Y yo no tengo ganas de volver a casa..., al menos, en seguida. ¿A no ser que tengáis frío?

—No tengo frío.

Un montón de nieve cayó junto a ellos. La suavidad del aire desguarnecía las ramas de los pinos de sus galas immaculadas. Desde donde se encontraban, podían admirar la ciudad y sus suburbios. El de San José, al sudoeste de las murallas, estaba a sus pies, al final del camino sinuoso y abrupto de la montaña. Después, la ciudad, a la que se accedía por la Puerta de los Recoletos. Al mirar hacia el nordeste, se vislumbraba la costa de San Lorenzo y sus huertos, que no tardarían en perfumar la campiña. Isabelle llevaría allí a Gabriel de picnic. Al niño le encantaba divertirse en la naturaleza, correr tras las mariposas.

Siguiendo el delgado hilillo escarchado del Pequeño Río que bordeaba las murallas de la ciudad, la mirada de Isabelle alcanzó el suburbio de Quebec, rodeado de pedazos de lanas pantanosas y de campos adormecidos bajo la nieve. El nombre de ese lugar le hizo pensar en su ciudad, que tanto echaba de menos, con sus mareas, su viento marino ligeramente yodado y su gran isla de Orleans. Por fin, dentro de unas semanas regresaría allí. Sería la primera vez desde hacía más de tres años. Gabriel ya era lo suficientemente mayor como para soportar un viaje tan largo.

Pierre, poniéndose mimoso, acariciaba sus hombros y su

nuca con la mano enguantada. Ella notaba su cuerpo cálido y sólido apretarse contra el suyo. En los salones de Montreal, envidiaban a la señora Larue por haberlo pescarlo en las redes del matrimonio. Ella sabía perfectamente que se burlaban de las pasadas aventuras del hermoso notario. Así, ella se había enterado de que Pierre había sido bastante galante con el género femenino. Le contrariaba un poco saber que algunas de esas mujeres conocían a su marido tan íntimamente como ella. No era que estuviera celosa, pero la incomodaba verse convertida en motivo de burla de esas encantadoras damas de la buena sociedad.

Isabelle expresó su sueño con un ruidoso bostezo y se llenó los pulmones del aire fresco, que olía a la resina de las coníferas. Levantó el rostro hacia el de Pierre y se encontró con su mirada penetrante. Tenía las facciones relajadas y suaves. Posó sus labios sobre la frente de su esposa y la estrechó con fuerza contra sí.

—Me colmáis de felicidad, señora Larue. Me colmáis..., Isabelle. ¿Lo sabíais? ¿Os lo había dicho antes?

Ella percibía en su voz cuán sincero era.

—No... En fin, tal vez... —murmuró ella, cerrando los párpados sobre sus ojos irritados.

Hubiera deseado tanto poder responderle lo mismo. Pero no era capaz, a pesar del gran esfuerzo que hacía.

—Os amo, mi ángel, mi amor... Os amo como amo el alba que nace a un nuevo día, como amo una noche salpicada de estrellas. Sois el astro de mi vida, Isabelle...

Con una suavidad infinita, posó su boca sobre la de Isabelle. El beso era tierno, y después devino ávido. Desconcertada, la joven se dejó llevar por aquellos brazos que la cogían por la cintura. Los movimientos sensuales de Pierre le procuraban algunas sensaciones, muy a su pesar. Ella no amaba a su marido con fogosidad, pero tampoco lo detestaba completamente. Aunque se avergonzara, le gustaban sus caricias, que posara sus manos sobre ella. Pierre sabía cómo hacer nacer el deseo en Isabelle. Pero sentir placer con otro hombre que no fuera Alexander hacía que se sintiera culpable.

A pesar de todos los esfuerzos que hacía por olvidar al padre de su hijo, no lo conseguía. Pero ¿todavía lo amaba? ¿Acaso no mantenía secretamente su recuerdo para alimentar la frustración que le producía haberse visto obligada a abandonarlo? Ella había confiado en él, lo había esperado durante las semanas siguientes a su boda con Pierre Larue... Él no había dado ninguna señal de vida: la había abandonado a su suerte. Isabelle no entendía su comportamiento, y eso la entristecía profundamente. ¿No podría haber intentado volver a verla, recuperarla, si la amaba? Isabelle pensaba que Alexander no valía la pena; que, a fin de cuentas, Pierre era tal vez lo mejor que podía haberle sucedido, dada la situación en la que se encontraba. Creía que Alexander se había enterado de que ella estaba casada y se había alegrado de no tener que mantener a una mujer y a un hijo. ¡Pero lo había amado tanto! ¿Los años que pasaban deformaban la percepción que tenía de ese hombre?

Pierre se apartó, clavando su mirada enamorada en la de ella.

—Es hora de que regresemos. Venid, ángel mío, fundámonos en el calor de un abrazo antes de que amanezca totalmente... y se despierte nuestro hombrecito.

¡Y ese amor incondicional que sentía por Gabriel! Todo eso conmovía su indiferencia.

La casa todavía estaba en silencio. Los primeros resplandores del día se filtraban por la ventana y jugaban con los cabellos de Isabelle, que caían sobre sus hombros desnudos, temblorosos. Con los ojos cerrados, la joven dejaba que las manos de Pierre se ocuparan de las cintas y los corchetes que sujetaban sus ropas. Solía ser Élise la que realizaba el trabajo fastidioso de desvestirla. Pero Pierre también sabía hacerlo. Sus dedos se movían con una agilidad sorprendente sobre la tela sedosa y con gran delicadeza. Parecía como si el hombre deshojara la más frágil de las flores cogidas en los jardines del Amor.

—¡Me hacéis perder la razón, hermosa mía!

Sus caricias, las palabras que él le susurraba al oído, vencieron las últimas reticencias de Isabelle. Apostado detrás de ella, la liberó por fin del corsé y la dejó únicamente engalanada con el magnífico collar de esmeraldas que le había regalado. Entonces, él deslizó sus manos por sus costados hasta los pechos, que aprisionó en el calor de sus manos. Ella se arqueó ligeramente, dando un débil gemido. La tibieza del cuerpo de Pierre a sus espaldas la atraía hacia el frescor del centro de la habitación.

—¡Mi diosa! Ni siquiera Botticelli podría haceros justicia. Sois tan..., tan...

La besó en los hombros, dejando que sus labios se demoraran sobre su piel, como si quisiera darle un mordisco. Después, cogiéndola por las caderas, la hizo girar y se agachó ante ella. Con la cabeza todavía aturdida por el alcohol, Isabelle se apoyó en la cabellera de Pierre para mantener el equilibrio.

—Tan.. ¿qué?

—Tan...

Con un gesto elocuente, él prefirió saborear la dulzura del fruto a la de las palabras. Isabelle no pudo evitar que sus piernas flaquearan, pero él la retuvo contra su boca. Mientras que unos estremecimientos estáticos la sacudían, en su mente surgieron unos jirones de recuerdos que la emocionaron. Después, y al mismo tiempo que su cuerpo, notó que su mente se derrumbaba y se encontró tumbada en la cama. La boca la recorría, la exploraba, despertaba en ella otras imágenes. Psique amada por Amor, cuyas facciones le estaba prohibido ver a riesgo de perder su alma. Mantuvo los ojos cerrados y se concentró en los gestos del amante sin rostro, que se volvía amo de su voluntad, de su cuerpo, de sus sentidos.

—Os amo..., ¡ángel mío!

Bajo esos numerosos besos, Isabelle se sintió invadida por la languidez.

—Amor mío, ángel mío... —repetía la voz, mientras que el cuerpo del amante la cubría, se metía dentro de ella.

No, no abrir los ojos, no ver su cara, si no el sueño estallaría. Las imágenes desfilaban por detrás de sus párpados, contribuyendo a su placer. Amor se apoderaba de ella, la po-

seía, la transportaba fuera de sí misma, arrastrándola hasta la cima del Magnífico..., donde se mantuvo en equilibrio un momento, antes de que el gran estremecimiento de la voluptuosidad se apoderara de ella. Su amante también gozó. «Alexander..., te amo...»

—Alex... —murmuraron quedamente sus labios.

Entreabrió los ojos, vagamente consciente de las palabras que se le habían escapado. Psique descubrió entonces el rostro de su amante...

Le pareció que la Tierra dejaba de girar, que los astros detenían su curso en el cielo y que el suelo se abría a sus pies. Psique la desventurada, a la que habían castigado por su belleza casándola con un hombre desconocido. El oráculo había dicho: «Su vestido de novia será su mortaja fúnebre.» Psique la sufrida, la que nunca había perdido la esperanza de volver a encontrarse un día con su amor, y que por ello había sido capaz de vencer los obstáculos y caminar por el borde de los precipicios. Psique, la que había visto sus penas recompensadas al fin, al recibir la inmortalidad y vivir feliz con su bienamado hasta la eternidad... Pero ¿cuándo? ¿En el más allá? ¿Era ése su destino, el de ella, Isabelle: encontrar a Alexander en la eternidad? ¿Errar por su imaginario en busca de su amor? Esto no era sino un cuento, un mito...

Pierre, que resoplaba a su cuello, se movió y se apartó. La cama chirrió. Isabelle no se atrevía a mirar a su marido, por miedo a ver en el fondo de sus ojos la herida profunda que ella le había infligido involuntariamente. Pero al mismo tiempo tampoco podía dejarlo marchar así. Poco a poco, abrió completamente los párpados y se volvió hacia él. Sentado en el borde de la cama bajo la luz cruda del día, él le daba la espalda y no se movía.

—Pierre... —articuló ella con dificultad.

Un hombro se movió ligeramente.

—Yo lo... siento... —hipó ella, ahogando un sollozo con la palma de la mano.

¿Qué iban a hacer las palabras? Se hizo un ovillo y alivió su tristeza.

—Yo lo... siento..., lo siento... —repetía entre las sábanas.
Se oyó un portazo. Ella se quedó sola, terriblemente sola.

Transcurrieron unos cuantos días, sombríos. Pierre no se presentó a las comidas; se quedaba encerrado en su despacho si no tenía que salir. Isabelle respetó su aislamiento. Ella aprovechó esos días de soledad para empezar a preparar los baúles para su próximo viaje a Quebec. La perspectiva de la partida aliviaba su pena. La separación no sería sino beneficiosa. Pierre suspiraría por ellos; el tiempo haría su trabajo. Ella tenía que partir con Gabriel dentro de tres semanas, al día siguiente de su aniversario. Pronto cumpliría veinticinco años. Al pensarlo, de repente se sintió vieja.

La conmoción que había sufrido la famosa noche del baile, cuando había cruzado la mirada zafiro, ya no la había abandonado. Con él habían regresado unos recuerdos que no conseguía ahuyentar. Cualesquiera que hubiesen sido los esfuerzos que hubiera hecho para odiarlo, tenía que admitirlo: seguía amando a Alexander. El recuerdo de cada uno de sus besos seguía quemándole la piel; la evocación de cada una de sus caricias hacía vibrar su corazón. Para su gran desgracia..., también el de Pierre.

Sin embargo, se había casado con Pierre y con él compartiría su vida, hasta que la muerte los separara; una vida que se anunciaba terriblemente triste... Quedarse embarazada le parecía ahora la solución para acercarlos, a Pierre y a ella. Pero para ello, tendrían que volver a encontrarse en una cama.

Sentada sobre el taburete de su tocador, abstraída en sus propios pensamientos, se cepillaba el cabello. Dejó lentamente el cepillo sobre la bandeja y con el dorso de la mano enjugó una lágrima que rodaba por su mejilla. Tenía que reponerse, aunque sólo fuera por el pequeño Gabriel, que no entendía por qué su padre ya no cenaba con ellos.

—¿*Tá*... enfadado conmigo?

«*Tá*, no; está, amor mío, está...»

—Por supuesto que no, alegría de mi corazón. Tu papá está muy ocupado con todos esos señores que quieren contratos.

—¿Los que hablan *inglés*?

—Inglés, Gabriel.

El niño hizo una mueca de desconcierto.

—Está bien. Un día lo conseguirás, ya lo sé.

La casa estaba en silencio. Al no conseguir quedarse dormida, Isabelle se levantó e intentó leer un poco. Después, pensando en Pierre, decidió que había llegado el momento de enfrentarse a él, aunque le desagradara. Tenían que hablar y encontrar un compromiso que diera una apariencia de equilibrio a la vida de su hijo. Resuelta a ello, se levantó, se puso la bata y se deslizó por la oscuridad del pasillo. Esquivó la tabla del suelo que crujía, ante la puerta abierta de la habitación de su marido. La estancia estaba vacía: seguro que todavía estaba en el despacho.

Se ajustó la bata y bajó los peldaños, avanzando con pasos sigilosos hacia el salón. Bajo la débil luz de la luna, el clavicordio que presidía el centro de la estancia relucía. Isabelle se acercó a él y deslizó los dedos por encima, siguiendo el contorno de las rosas pintadas entre una maraña de hojas. En su cabeza se elevó la voz del instrumento. La música, cómplice de sus estados de ánimo. Hacía tanto tiempo que no se libraba a sus influencias lenitivas.

Antes de partir hacia Francia, Justine le había hecho llegar el clavicordio, único bien mueble heredado de su padre y salvado tras la venta de la casa. Pierre le había reservado un lugar de honor en el salón. Pero los dedos de Isabelle casi no habían rozado las teclas de marfil desde el terrible día en que Justine le había anunciado la boda con el notario Larue.

A la joven le vino a la mente una imagen: su madre sentada frente a ese mueble, pasando sus dedos por el teclado, casi como si volaran, salpicando la estancia con una música maravillosa. Su madre ya había tocado ese clavicordio. Pero ¿cuándo? Debía de hacer mucho de eso. El recuerdo era tan vago.

Isabelle apartó de su mente esas tristes evocaciones y se dirigió hacia el despacho, que estaba iluminado. Suavemente, empujó la puerta y pasó la cabeza por el vano. Nadie. ¿Dónde estaba Pierre? Unos murmullos ahogados, un ronquido sordo. Giró la cabeza hacia el fondo de la estancia, donde había un rincón que servía de archivo. Ella nunca había entrado allí, ya que no tenía ningún interés. Pierre debía de estar ocultando algún documento. Tal vez fuera preferible esperar al día siguiente para hablar. Estaba tan ocupado esos días. No, entonces ya no tendría el valor de hacerlo. Cerró los ojos, respirando profundamente, y se dirigió hacia el rincón para abrir con prudencia la puerta.

Efectivamente, Pierre estaba allí, pero..., pero... Se tapó la boca con la mano para no gritar y se apoyó con dificultad en el marco de la puerta, con los ojos como platos ante el espectáculo que se le ofrecía: Pierre, de espaldas, martilleaba con su pelvis el cuerpo de Élise, que gemía a cada golpe. La joven, que probablemente había descubierto la sombra de su señora, giró la cabeza y dio un gritito que se confundió con el jadeo de Pierre, arqueado y tenso de goce.

La criada, clavando sus grandes ojos de lechuza en Isabelle, se escabulló rápidamente de entre las manos de su amo, se bajó el camisón y se acurrucó en un rincón oscuro. Pierre, todavía abotargado por su placer adúltero, tardó más en reaccionar. Se quedó un momento de rodillas, jadeando, con la cabeza hacia atrás, los brazos colgando y el objeto persuasivo por completo a la vista.

Finalmente, al ver el rostro espantado de Élise, se giró con lentitud y se encontró con la expresión asombrada de su mujer. Hubo un momento de vacilación, durante el cual Isabelle sintió que el frágil vínculo que unía a ambos se rompía definitivamente. Después, Pierre, sacudido por la realidad, se desplomó en el suelo, sollozando.

—¡Oh, Dios mío! Perdonadme...

Del todo repuesta, Isabelle lo miró fríamente. Después de haber lanzado una última mirada de odio a la criada, dio media vuelta y abandonó el archivo sin decir palabra.

Sentada en su cama, rodeando con sus brazos las piernas recogidas bajo su barbilla, Isabelle esperaba. Iba a venir, a llamar a la puerta de su habitación; lo sabía. Tardó más de una hora en hacerlo. Ella levantó la cabeza. La silueta masculina apareció y se quedó en el umbral, dispuesta a salir corriendo. Ni una vela iluminaba la estancia. Mientras transcurrían los segundos, cada uno de ellos buscaba en la mirada del otro, a la luz de las llamas que se elevaban en el hogar, una señal de furia o de arrepentimiento. Pierre fue el primero en apartar la vista.

—Isabelle..., tenéis que entender...

—¿Entender qué? ¿Que no conseguís controlar vuestros bajos instintos?

—No se trata de eso, ya lo sabéis...

—Decidme, entonces, de qué se trata, ¡mi querido marido! Lo que he... visto... ¡Oh! ¡Jolines! ¡Élise se irá mañana mismo! Sólo faltaría que fuerais preñando a todas las mujeres del servicio doméstico, mientras que yo...

—¿Preñando? ¿Eso es lo único que os preocupa? ¿Que deje preñada a la criada?

Él se la quedó mirando un instante, haciendo una mueca de incredulidad y de cólera. Después, soltó una carcajada que heló a Isabelle.

—¿Preñar? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! No os preocupéis por eso, ¡no hay peligro! ¡Imposible! No podría...

Se interrumpió bruscamente, al ver que Isabelle fruncía el ceño.

—¿Y por qué estáis tan seguro de ello? ¿Sabéis algo respecto a Élise? A menos que...

Ella escrutaba las facciones de Pierre, quien, al no poder soportar por más tiempo su examen, se giró hacia el fuego.

—Pierre, hay algo que se me escapa. ¿Queréis explicármelo? ¿Qué estáis insinuando?

—Yo... no..., no puedo... —farfulló, apoyándose en la campana de la chimenea y bajando la cabeza—. Quiero decir... Soy estéril, ¡eso es!

Un silencio pesado se hizo en la estancia después de esa

terrible confesión: Isabelle medía el significado de las palabras que acababa de oír. Notó que su vientre se crispaba dolorosamente y dio un gemido en la palma de su mano.

«Soy estéril..., estéril.» La voz de Pierre todavía resonaba en su cabeza. ¡Le había mentido! No, no era que le hubiera mentido, porque ellos nunca habían abordado el tema de tener hijos. Pero él se había guardado muy bien de hablar de ello, lo que a sus ojos era como una mentira. La cólera la invadía. Con dificultad, se contuvo de gritar.

—¿De..., desde cuándo... lo sabéis?

—Tuve paperas a los trece años —explicó Pierre, clavando los ojos en una cajita de loza que adornaba la repisa a la que se sujetaba—. El médico..., en fin, ya sabéis... Cuando un niño contrae las paperas a esa edad...

—Trece años... Hace mucho tiempo que lo sabíais... y no me dijisteis nada —murmuró ella ásperamente—. ¡No me dijisteis nada!

Ella recordó las miradas reprobadoras de los hermanos de Pierre. Su familia sabía que ella llevaba el bastardo de otro. No podía ser de otro modo, ya que Pierre no podía procrear.

—Perdonadme, Isabelle... Hubiera tenido que decíroslo, ya lo sé.

Ella no respondió, inmóvil en la oscuridad, presintiendo el vacío que le reservaba el futuro. Instintivamente, posó una mano sobre su vientre plano y se dio cuenta de que así se quedaría; no sabía qué pensar. ¿Gabriel sería su único hijo? El de Alexander. De Pierre, nunca tendría hijos. Después, su mente atormentada fue presa del horror: ¿Pierre se habría casado con ella sólo porque sabía que estaba encinta? ¿Había destruido su vida, la de ella, para construir la suya, la de él? Una queja prolongada se escapó de su pecho, e Isabelle se dejó caer sobre el edredón arrugado.

Pierre se acercó a ella, tomó sus manos y las besó. Ella notó su aliento a vino y sus mejillas mojadas sobre la piel. Pero eso la dejó fría.

—Isabelle, yo os amo. Nunca he querido heriros; tenéis que creerme...

—¡Me habéis mentido!

Ella se soltó, pero él volvió a la carga y la agarró por los hombros para sacudirla.

—Isabelle, os amo y amo a Gabriel como si fuera mi propio hijo, ¿lo entendéis? El día en que os vi por primera vez... os amé inmediatamente. Entonces, no sabía nada de vuestro estado, ¡os lo juro! Vuestra madre me informó de ello un tiempo después. Al principio, me sorprendió saber que habíais tenido un amante. Pero..., por otro lado, me ofrecíais el mejor regalo, algo que yo no podría tener de otro modo. Me habéis hecho padre, Isabelle...

—Os he hecho padre... —murmuró ella—. Pero para eso, he privado a Gabriel de su verdadero padre. ¡He traicionado a ese hombre! He traicionado... ¡Vos me obligasteis!

—No os obligué a nada. Vos aceptasteis, Isabelle.

—¡No! —chilló ella, apartándose—. ¡No! ¡Nunca he aceptado! Fue mi madre... ¡Fue mi madre! Ella... ¡Oh! Ella me amenazó. Yo no quería...

—Isabelle —continuó Pierre, desorientado—, ella me aseguró que habíais sido abandonada. Creía...

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —espetó ella, balanceándose, con los párpados cerrados y las manos crispadas sobre su camisón.

Pierre la abrazó y la acunó suavemente contra sí. Ella lloró durante un buen rato por todo lo que le habían robado.

—Os amo, Isabelle —murmuró Pierre, con la nariz hundida en los cabellos enmarañados de su mujer—. Lo olvidaréis; haré que lo olvidéis...

Besó a la joven en la frente y buscó su boca mientras sus manos acariciaban la fina batista. Isabelle se puso tensa y esquivó el beso girando la cabeza.

—¡No, no quiero! ¡No quiero olvidarlo!

—Tenéis que hacerlo, ángel mío. Sois mi mujer, ante la Iglesia. Me pertenecéis.

—¿Perteneceiros? —preguntó ella, mirándolo fríamente—. ¿Perteneceiros? Nunca os he pertenecido, Pierre Larue. Mi corazón se lo entregué a otro. Eso no puedo ocultároslo y vos lo

sabéis perfectamente. Siempre será así, ya que hice un juramento ante Dios.

—¡Estupídecas, sois MI esposa! —insistió Pierre, con voz más dura y atrayéndola hacia sí.

Isabelle tenía la garganta seca y el estómago contraído. ¡Qué situación tan absurda! Ella se debatía, se ahogaba en sollozos. Pierre no la soltaba, tan obstinado como estaba, cegado por su amor, en convencerla de que tenía que amarlo. Así lucharon sobre la cama, entre un batiburrillo de sábanas, de extremidades y de cabellos. Al cabo de unos minutos, él consiguió inmovilizarla: le clavó los hombros contra el colchón y la sujetó con la totalidad de su peso. Hundiendo su mirada perdida en el verde salpicado de oro que lo miraba con rabia, el hombre afirmó con voz calmada pero firme:

—Sois *mi* mujer, Isabelle, hagáis lo que hagáis, digáis lo que digáis, ¿lo entendéis? Estamos casados por el rito de la Iglesia católica, apostólica y romana. No podéis hacer nada contra esto. Por lo tanto, me debéis obediencia y lealtad, hasta que la muerte nos separe. Creedme, haré todo lo posible para que así sea.

Bajó lentamente la cabeza hacia el cuello palpitante de furia de Isabelle, que el camisón dejaba entrever. Posó sus labios en él y se aventuró con una mano. La joven se movió como pudo para liberarse. Él la rechazó con rudeza y continuó donde lo había dejado, firmemente decidido a enseñarle que, como marido, podía hacer lo que quisiera con ella.

—¿No habéis tenido bastante esta noche? —espetó Isabelle con rabia—. ¿Élise no ha sido suficiente?

Él ralentizó sus impulsos hasta detenerse totalmente, con la mejilla contra su pecho. Después, tras un instante, se puso de rodillas, se levantó el camisón y se desabrochó la bragueta. Entonces, la tomó con brutalidad, impidiendo que se escapara de su asalto salvaje, aplastando sus labios contra los de Isabelle para ahogar sus protestas. Finalmente, se desplomó encima de ella. Desbordada por el dolor de su alma, Isabelle no se atrevía siquiera a moverse. Lentamente, él se incorporó apoyándose en un codo y rodó de espaldas, hacia un lado. Lo

único que se oía en la estancia era el crepitar del fuego y sus respiraciones entrecortadas por el agotamiento y la cólera. Él le tendió una mano trémula, que ella rechazó enérgicamente. Un sollozo escapó de su garganta.

—Os ruego... que me perdonéis.

—Espero que hayáis gozado mucho, marido mío —dijo Isabelle con mordacidad—, ya que es la última vez que abusáis de mí.

Él no dijo nada, ni se movió. Pero su respiración se aceleró. Ella prosiguió:

—Élise se irá mañana. Le pagaréis lo que se le debe y la enviaréis a casa de su padre con la explicación que os plazca. Nosotros seguiremos viviendo según los términos acordados en el contrato de matrimonio que me fue impuesto, pero de ahora en adelante, la puerta de mi habitación estará cerrada para vos. Seréis prudente a la hora de elegir vuestras amantes y seréis discreto con ellas. Además, no quiero volver a sorprenderos bajo nuestro techo. ¡NUNCA! Gabriel no tiene que padecer esta nueva situación, ¿lo habéis entendido? En cuanto a Marie, si me entero de que la tocáis..., os juro, Pierre, que pido la separación y que Gabriel...

—No..., no... —dijo él débilmente, levantándose—. No me quitéis a mi hijo...

—¡MI hijo!

—Isabelle, para Gabriel soy su único padre, y lo quiero, al igual que os quiero a vos... ¡Oh, Dios mío!

Desesperado, se calló y se cogió la cabeza con las manos. Consciente de que era sincero, ella no insistió. Tenía razón. Para Gabriel, él era su padre: que lo amaba y lo protegía.

—A quien quiere es a vos, Pierre.

Con paso cansino, el hombre abandonó la habitación y cerró suavemente la puerta al salir. Al quedarse sola, embriagada con el tufo a lujuria y alcohol, Isabelle clavó la mirada en el techo. Se le nubló la vista. Pero cerró los párpados y se mordió el labio, para contener los sollozos que amenazaban con irrumpir. No, no lloraría. Por Gabriel, sería fuerte... Por Gabriel, que era lo único que le quedaba.